

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

# **El movimiento litúrgico y los monjes benedictinos en la ciudad de Buenos Aires 1916-1973.**

Gustavo Andrés Ludueña.

Cita:

Gustavo Andrés Ludueña (2005). *El movimiento litúrgico y los monjes benedictinos en la ciudad de Buenos Aires 1916-1973*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/311>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

*Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA*  
20 al 23 de septiembre de 2005, Rosario  
Mesa 33: "Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea"

**El movimiento litúrgico  
y los monjes benedictinos en la ciudad de Buenos Aires, 1916-1973**

Gustavo Andrés Ludueña  
Becario doctoral / investigador  
F. F. y Letras, Inst. de Ciencias Antropológicas, UBA  
Av. La Plata 3672 dto. 2, Santos Lugares (1676)  
011-47125368  
[galuduen@filo.uba.ar](mailto:galuduen@filo.uba.ar)

La Orden Benedictina constituye una expresión monástica contemporánea de prolongada tradición histórica en la Iglesia Católica Romana. Su emergencia en el campo religioso argentino se remonta a 1899, momento en el que se instala por vez primera un grupo de monjes de esta congregación en la provincia de Entre Ríos. Con asentamientos comunitarios sucesivos a lo largo de todo el siglo XX, cada grupo benedictino estableció y mantuvo diferentes articulaciones con la sociedad. Estas fueron posteriormente afectadas en forma directa por las reformas introducidas por el Concilio Vaticano II (1962-1965). Esta ponencia analiza el caso concreto de una de estas comunidades localizada en la ciudad de Buenos Aires. En particular, el estudio se focaliza sobre el rol de los monjes benedictinos en la organización y propagación del movimiento litúrgico en el medio capitalino, fenómeno que se constituyó en modalidad estratégica de socialidad de dicha comunidad para con la sociedad porteña en la cual se estableció originalmente.

## 1. Introducción

Durante la última década del siglo XIX se instaló por vez primera en nuestro país una comunidad de monjes benedictinos, inaugurando así una forma de religiosidad monástica masculina en el campo católico argentino y rompiendo con una prolongada tradición dominada por la presencia del monacato femenino.<sup>1</sup> A comienzos del siglo XX, estos religiosos dieron impulso a un movimiento de amplio alcance nacional ligado a la práctica litúrgica. Este aspecto, en particular, constituye el objeto de análisis de esta ponencia.

¿Quiénes eran los benedictinos y qué los había conducido a la Argentina?, ¿cómo se desarrolló su permanencia inicial en un medio sociocultural que poco o nada conocía sobre la vida monástica masculina, en general, y la benedictina, en particular?, ¿de qué manera se llevó a cabo su adaptación en el contexto de una iglesia en pleno proceso de transformación y “romanización”?,<sup>2</sup> ¿cuáles fueron las modalidades de inserción social de un grupo religioso supuestamente dedicado en forma exclusiva a la oración continua (el *Opus Dei*) en el retiro? y, especialmente, ¿cómo fue la participación de los monjes en el movimiento litúrgico argentino?,<sup>3</sup> por último, ¿en qué forma y a través de qué estrategias dicha actuación se materializó? Estas preguntas condensan el eje analítico de este estudio.

El análisis de las preguntas mencionadas será encarado en dos instancias sucesivas. Primeramente exploro brevemente los pasos iniciales de la comunidad porteña en su proceso de adaptación al entorno capitalino que la

---

<sup>1</sup> Esta primera comunidad procedía de Francia y se estableció en 1899 en la provincia de Entre Ríos. Sin embargo, este trabajo aborda particularmente la labor desempeñada por la segunda comunidad llegada a nuestro país desde España pocos años más tarde. A esta última le cupo un lugar destacado en la propagación del movimiento litúrgico. Por otro lado, sobre algunos antecedentes de vida monástica femenina en Argentina, pueden consultarse los trabajos de Gabriela Braccio, "Una ventana hacia otro mundo. Santa Catalina de Sena: primer convento femenino de Buenos Aires," *Colonial Latin American Review* 9, no. 2 (2000): 187-212; Gabriela Braccio, "Para mejor servir a Dios. El oficio de ser monja," en *Historia de la Vida Privada en la Argentina*, ed. Fernando Devoto y Marta Madero (Buenos Aires: Taurus, 1999), 225-273; Alicia Fraschina, "La Clausura Monacal: Hierofanía y Espejo de la Sociedad," *Andes. Antropología e Historia* 11 (2000): 209-236; Alicia Fraschina, "Despreciando el mundo y sus vanidades. Los conventos de monjas en el Buenos Aires colonial," *Cuadernos de Historia Regional* 20-21 (2000): 71-101.

<sup>2</sup> Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del Siglo XX* (Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori, 2000).

<sup>3</sup> Miranda Lida, "Hacia una Liturgia de Masas. Prensa Católica, Mercado y Canto Gregoriano en Buenos Aires (1876-1934)" (ponencia presentada en I Jornada de Estudios sobre Religiosidad, Cultura y Poder, Instituto Ravignani. FF y L., UBA., Buenos Aires, 12 de noviembre 2004).

recibió. Luego, establezco y examino las formas de difusión litúrgica encaradas por los benedictinos en la ciudad de Buenos Aires.

## 2. Del “pueblo en proyecto” a la “inmensa urbe”

A comienzos del siglo XX el conocimiento acerca de la Orden Benedictina era prácticamente nulo en la Argentina. “Nadie sabía quienes éramos nosotros ni que pretendíamos, ni nosotros mismos podíamos sospechar lo que nos esperaba en la inmensa urbe.”<sup>4</sup> No existía una percepción social determinada acerca de quiénes eran ni qué hacían estos religiosos; ellos eran completamente desconocidos en el campo católico argentino en plena constitución. Muy rápidamente, esa situación cambiaría, especialmente, en la ciudad de Buenos Aires. En 1914 el Padre Fermín de Melchor procedente de la Abadía de Santo Domingo de Silos (de Burgos, España),<sup>5</sup> después de un intento fallido por establecer una comunidad de ese monasterio en México, fue enviado nuevamente a América con el objetivo de hallar algún otro lugar para llevar a cabo la fundación. Llegó así a la Argentina, logrando establecerse finalmente con un grupo de monjes en el partido de Carlos Casares, provincia de Buenos Aires.

Pese a haber adquirido, gracias a generosas donaciones de terceros, alojamiento y fuentes para la subsistencia, tales como un campo y una escuela, los religiosos decidieron buscar pronto nuevos horizontes. La lejanía y soledad características del contexto rural de asentamiento en que residían no parecían estar en consonancia con el modelo de vida religiosa perseguido por estos benedictinos. De este modo, recurrieron al arzobispado de Buenos Aires donde

---

<sup>4</sup> La Abadía de San Benito de Buenos Aires 1915-1965, (Buenos Aires: 1965), p.14.

<sup>5</sup> La abadía de Santo Domingo de Silos pertenecía, y aún continúa perteneciendo, a la Congregación de Solesmes cuyo gran restaurador fue el célebre abad benedictino Dom Prosper Guéranger (1805-1875). Firme defensor de la ortodoxia católica y la infalibilidad pontificia, combatió el jansenismo y galicanismo imperantes en Francia. Tuvo una extensa influencia en el catolicismo francés a partir de la restauración del canto gregoriano y de la uniformización de las liturgias existentes en su país. Profuso escritor, su obra más destacada fue tal vez *L'Année Liturgique* (formada por nueve volúmenes escritos entre 1841 y 1866), la cual era “asiduamente” leída por la comunidad de monjes benedictinos de Buenos Aires, véase Andrés Azcárate (OSB), “Hace veinticinco años,” *Revista Litúrgica Argentina* VI, no. 57 (1941): 193-194, p. 193. Para un análisis más extenso de la obra de Guéranger en la restauración monástica europea durante el siglo XIX pueden consultarse los trabajos de David Knowles, *Christian Monasticism* (New York and Toronto: World University Library, 1969), y Peter King, *Western Monasticism. A History of the Monastic Movement in the Latin Church* (Kalamazoo, Michigan and Spencer, Massachusetts: Cistercian Publications, 1999).

se encontraba entonces Monseñor Mariano Espinosa. Llegados el 16 de julio de 1916 fueron acogidos y autorizados a instalarse en la ciudad y, simultáneamente, se ocupó a los cuatro sacerdotes de la pequeña comunidad en quehaceres parroquiales. El problema más inmediato fue hallar un lugar en donde instalarse. Después de dos años de intensa búsqueda y de haber permanecido sucesivamente en lugares temporarios, las condiciones de ánimo del grupo se hallaban considerablemente deterioradas. Tanto la situación económica como la imposibilidad de concretar la radicación comunitaria en un lugar adecuado y definitivo contribuían a generar dicho estado y a depositar serias dudas sobre su continuidad.

El cambio de la autoridad abacial en Silos descartó esta última opción e implicó modificaciones en la conducción local. Al poco tiempo, en 1919, con el gran consuelo de los monjes el grupo se trasladó al lugar donde residirían los años subsiguientes: Barrancas de Belgrano. Allí obtuvieron una capilla-oratorio que permitió el inicio de los oficios religiosos al estilo benedictino. Una donación del Padre salesiano Adolfo Tornquist había hecho posible la adquisición de este nuevo domicilio. Desde ese mismo momento se formó un coro de señoras y señoritas que participaban en los oficios divinos y les tocaba una “parte activa en el canto de Misa y Vísperas;” también se formó un coro de varones bajo la advocación de San Gregorio, en tanto que el de mujeres remitía a Santa Hildegardis.<sup>6</sup> Este desplazamiento insufló, definitivamente, renovados ánimos en la misión argentina. Con inusitada velocidad, su visibilidad social en la zona y frente a determinados grupos sociales comenzó a hacerse evidente en forma concreta. Por ejemplo, en la ganancia de un terreno próximo al que ya poseían para el establecimiento final del monasterio. Esta adquisición fue posible por la generosa donación de una “Junta bienhechora de Damas y Caballeros” que reunió 230.000 pesos. Este hecho demostraba la colaboración y simpatía que los monjes comenzaban a granjearse en sectores acomodados de la ciudad de Buenos Aires.

Asimismo, el grupo empezaba también a tomar una forma legal dentro del canon benedictino. El 29 de junio de 1926 se instauraba a la fundación

---

<sup>6</sup> Lorenzo M. Molinero (OSB), "Labor religiosa y cultural de los Benedictinos de Buenos Aires, 1916-1941," *Revista Litúrgica Argentina* VI, no. 57 (1941): 195-211, p. 210.

porteña como “priorato simple.”<sup>7</sup> Este acontecimiento ya involucraba un mayor reconocimiento a la tarea realizada que se inclinaba, con acentuada definición, en favor de actividades misionales y apostólicas. Pero, como veremos seguidamente, se trataría de una forma muy particular de apostolado.

### 3. Liturgia y canto gregoriano

En Barrancas de Belgrano, durante 1919, la comunidad de monjes empezó a trabajar sostenidamente en lo que sería denominado por ellos, en pocos años, como el “Apostolado Litúrgico.” Refiriéndose a los renovados aires que el nuevo asentamiento significaba para la comunidad después de los vaivenes iniciales, uno de los religiosos afirmaba en su crónica que “[e]xiguo como era [...] aquel Oratorio festivo [del barrio de Belgrano], a nosotros se nos apareció como una perla de catedral. Por eso inauguramos enseguida nuestro culto benedictino lo más solemnemente que cabía, con Misa y Vísperas diarias cantadas en puro gregoriano y muy pronto acompañadas por los fieles asistentes. Así comenzó nuestro apostolado litúrgico práctico en Buenos Aires. El hablado y escrito habíamoslo iniciado el mismo día que pusimos pié en la Capital [pocos años antes].”<sup>8</sup> Sin embargo, para la llegada de estos religiosos ya existían en la Argentina antecedentes de un interés litúrgico por parte del arzobispado así como una cierta extensión del canto gregoriano en determinados sectores del espacio católico.<sup>9</sup>

La adaptación al nuevo entorno vio a los monjes ocupados rápidamente en un diverso conjunto de actividades, muchas de las cuales se vinculaban directamente con la divulgación de conocimientos litúrgicos a través de distintos medios: “El P. Eleuterio escribía [entre 1917 y 1918] en la revista del ‘Apóstol del Santísimo’ los primeros artículos [de liturgia]; el P. Nicolás dictaba clases reglamentarias de gregoriano en el Seminario de Villa Devoto y

---

<sup>7</sup> La Orden Benedictina posee un estatuto de evolución ascendente para categorizar a las fundaciones de comunidades monásticas de acuerdo a su crecimiento y desarrollo. La primera etapa de una fundación puede tratarse del mero agrupamiento de religiosos en “celdas” individuales, luego puede venir su reconocimiento en “priorato simple” o dependiente de una abadía fundadora, después “priorato conventual” o independiente y, finalmente, “abadía.” La fundación de Buenos Aires atravesó todos esos estadios hasta su erección abacial.

<sup>8</sup> La Abadía de San Benito de Buenos Aires 1915-1965, p. 16.

<sup>9</sup> Para 1904 existía una Comisión Arquidiocesana de Música Sagrada que, presidida por el Padre Federico Grote, “tenía a su cargo la tarea de reformar la liturgia de los templos porteños,” Lida, “Hacia una Liturgia de Masas” , p. 2.

lecciones aisladas en otros lugares; y aquí, en Olleros, el P. Andrés organizó enseguida jornadas litúrgicas y conferencias [...] Más tarde [el apostolado litúrgico] lo heredarían con ventaja los Cursos de Cultura Católica y el Centro de Estudios Religiosos, y después el Instituto de Cultura Religiosa Superior y los Seminarios Catequísticos Arquidiocesanos, y por fin los colegios e instituciones católicas. *De todos ellos nos hicieron profesores de Liturgia a nosotros*" [bastardillas mías].<sup>10</sup> No casualmente, entonces, la llegada de los benedictinos parece haber venido a cubrir una importante carencia local de intelectuales religiosos sólidamente instruidos en materia litúrgica para asegurar la formación de cuadros preparados en su práctica, enseñanza y difusión. En este sentido, así recuerda Raúl Rivero de Olazábal de su paso por los Cursos de Cultura Católica la aparición de los benedictinos y su competencia litúrgica en el medio capitalino,

El refloramiento de la liturgia por obra de los monjes de san Benito, con su respuesta a la necesidad de sacralidad y belleza que experimenta el espíritu, y luego la aproximación al latín, esa lengua que parece responder a la necesidad de orden de la inteligencia, todo nos hacía entrar en un mundo en que todo, nosotros y cuanto nos rodeaba, estaba encaminado a la mayor gloria de Dios. Llegamos a vislumbrar 'el valor sacramental del universo'. Era como una resurrección, como si el catolicismo despertara de un largo sopor en el que toda su actividad se había reducido a una lucha puramente defensiva, como si fuera la respuesta de reflejos condicionados, y pasara a una ofensiva triunfal y triunfadora en que se hacía verdad aquello de San Pablo: *Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios*.<sup>11</sup>

El despliegue expansivo de la liturgia se manifestó también en eventos públicos tales como conferencias y clases explicativas, audiciones y

---

<sup>10</sup> La Abadía de San Benito de Buenos Aires 1915-1965, p. 16. Entre los eventos citados puede mencionarse la Segunda Jornada Litúrgica de Buenos Aires que, coincidente con el día de la primavera de 1935, contó con la presencia del arzobispo monseñor Copello y su obispo auxiliar Fortunato Devoto, cf. Revista Litúrgica Argentina, "Movimiento Litúrgico: Argentina," I, no. 1 (1935): 25-27, p. 26. Por último, en tanto que los Cursos de Cultura Católica estaban dirigidos exclusivamente a varones católicos, se emprendió poco después la creación del Centro de Estudios Religiosos para mujeres. Luego, llegarían los Seminarios Catequísticos Arquidiocesanos (1930) y el Instituto de Cultura Religiosa Superior (1931). Este último, destinado a socias y dirigentes de la Acción Católica, fue creado junto al Padre Zacaría de Vizcarra y otros cuatro sacerdotes, véase M. Mectildis C. Santángelo (OSB), "Dom Andrés Azcárate O.S.B. Primer Abad de San Benito de Buenos Aires (1891-1981)," *Cuadernos Monásticos* XVI, no. 58 (1981).

<sup>11</sup> Raúl Rivero de Olazábal, *Por una Cultura Católica. El Compromiso de una Generación Argentina* (Buenos Aires: Editorial Claretiana, 1986), pp. 20-21.

demostraciones de canto gregoriano, jornadas (para grupos particulares de laicos, clero, religiosos o religiosas, sacerdotes, etc.), y semanas litúrgicas o parroquiales.<sup>12</sup> En una de las audiciones de canto gregoriano más recordadas realizadas en 1926 con motivo del XVI Centenario de la Invención de la Santa Cruz, la comunidad porteña llegó a recibir un telegrama de congratulación proveniente directamente de Roma del Papa Pío XI. Otra de las destacadas modalidades de popularización de la liturgia fue la denominada “misa seca” o “dialogada,” es decir, una misa que introdujeron los benedictinos para ser explicada paso-a-paso a los fieles y que carecía de consagración Eucarística, de allí su apodo de “seca.” Por lo general, estas misas eran presentadas en parroquias, salones, casas religiosas, escuelas, etc., y “resultaron medios muy eficaces para hacer comprender y estimar la Santa Misa, explicada detalle por detalle al paso que un sacerdote ejecutaba la ceremonia de cara a los concurrentes.”<sup>13</sup> La importancia principal de este particular apostolado de difusión consistió en su papel de transmisor de un conocimiento que permitió a los fieles decodificar el lenguaje simbólico, complejo y no siempre acabadamente comprendido, que regía la lógica ritual de la liturgia cristiana. Esto contribuyó tanto a la comprensión y adquisición de una más aguda competencia religiosa por parte de los laicos, como, en consecuencia, a una mayor participación en las distintas ceremonias litúrgicas.<sup>14</sup> Todo este proceso implicó, en consecuencia, un profundo movimiento de socialización religiosa en el cual el sujeto internalizaba saberes específicos que lo tornarían protagonista orgánico de los eventos rituales presenciados. Con relación a esto último, uno de los sacerdotes de la comunidad sintetizaba así el valor primordial del apostolado litúrgico benedictino,

---

<sup>12</sup> Entre las semanas litúrgicas puede citarse la solicitada por el obispo de Rosario en 1937, Monseñor Antonio Caggiano, con motivo de su jubileo sacerdotal y de la iniciación de las obras del seminario diocesano, cf. La Abadía de San Benito de Buenos Aires 1915-1965, p. 54. Otro ejemplo fue la semana litúrgica llevada a cabo en la parroquia de San José (Córdoba) en septiembre de 1940, donde se dictaron conferencias sobre la participación de los fieles en el culto, la misa, el canto gregoriano, etc.

<sup>13</sup> *Ibíd.* , p. 55.

<sup>14</sup> En este sentido, uno de los monjes recuerda que “[a]l Salón de Conferencias de San Benito acudieron alumnos y alumnas de las escuelas fiscales secundarias y comerciales y grupos compactos de universitarios y universitarias, ansiosos de conocer al detalle lo que siempre presenciaban en los templos sin comprender ni descifrar. Les encantaba el simbolismo de los ritos y su significado místico, y ellos mismos se hacían la propaganda y se organizaban en grupos para asistir,” *Ibíd.*

Lo hermoso del movimiento litúrgico, al que tanto le debe la piedad ilustrada de nuestros tiempos, ha sido y es el afán por descubrir a los fieles los inagotables tesoros de doctrina y de piedad encerrados en las fórmulas y en los ritos sagrados y por ponérselos a su alcance en libros de textos y en misales y manuales de devoción. Si los católicos de hoy se distinguen de los de ayer por su conocimiento más perfecto de las partes de la Misa, de los ritos simbólicos de los Sacramentos, del significado de los períodos del Año Cristiano y de las Fiestas sagradas, es, sin duda, debido al apostolado litúrgico, que hace unas pocas décadas sólo influía en grupos selectos de católicos, pero que ahora interesa a la casi generalidad del pueblo cristiano.<sup>15</sup>

Un cronista que resumía los efectos del movimiento litúrgico en la ciudad de La Plata realizaba afirmaciones similares con respecto a la participación de la feligresía. “[H]emos podido realizar satisfactoriamente un anhelo: Hacer intervenir a todo el pueblo en el Canto Gregoriano, sobre todo en la Misa cantada del Domingo. Sólo en las fiestas más solemnes actuaba la Schola Cantorum con música moderna o polifónica. Verdaderamente nuestro templo, sobrio y devoto, presentaba los Domingos el aspecto de la ‘Ecclesia orans’.”<sup>16</sup> No obstante, aún cuando el manejo por parte de los fieles de saberes litúrgicos que posibilitaban una gran apertura al significado ritual, y el protagonismo religioso alcanzado por los distintos coros gregorianos creados en la ciudad de Buenos Aires durante el período en cuestión conducían a una participación considerablemente superior a la conocida hasta entonces en el drama ritual, no se trataba, ni el mejor de los casos, de una participación laical ilimitada ni, menos aún, desordenada. Por el contrario, el protagonismo de los fieles en la *Ecclesia orans* se circunscribía a momentos y modalidades concretas específicamente reservados y pergeñados *a priori* por la organización litúrgica que continuaba reservando al sacerdote (sea del clero secular o regular) el lugar central.

En este sentido, con motivo de la realización en 1951 de una jornada litúrgica para Sacerdotes donde un religioso benedictino sirvió como principal conferenciante, el cronista del evento señalaba lo siguiente respecto a lo referido por aquél sobre la intervención de los laicos en las celebraciones

---

<sup>15</sup> Andrés Azcárate (OSB), "Un Aspecto de la Homilía Papal a los Abades Benedictinos," *Revista Litúrgica Argentina* XIII, no. 122 (1947): 36-40, pp. 38-39. Sobre la influencia de la liturgia sobre "grupos selectos de católicos" véase Lida, "Hacia una Liturgia de Masas" .

<sup>16</sup> *Revista Litúrgica Argentina*, "Movimiento Litúrgico: Argentina," I, no. 5 (1936): 153-155, p. 154.

religiosas. “Con motivo de esa participación que tienen los fieles en el culto, [el sacerdote benedictino] hizo resaltar de manera especial la atrayente idea errónea de elevar a los fieles a la *dignidad sacerdotal*, consagrantes, en vez de con-consagrantes. Sin quitar dignidad a los fieles les colocó en el nivel que les corresponde en el sacrificio. Para que los fieles se den cuenta del papel que desempeñan en el drama eucarístico, nada mejor que el conocimiento de la Misa, y para esto propuso la divulgación de las Misas ‘dialogadas’, tomándolas, según él, como mero instrumento educacional, por lo menos en su comienzo.”<sup>17</sup> Si bien la participación de los laicos en el ritual litúrgico se había incrementado exponencialmente, tanto a partir de la competencia sobre determinadas áreas del simbolismo eucarístico como por la intervención activa en los coros de gregoriano sembrados en todo el medio capitalino, aquella se encontraba encauzada claramente en un esquema jerárquicamente ordenado que dejaba reservado con especificidad las responsabilidades y acciones de “consagrantes” (religiosos) y “con-consagrantes” (laicos). Se trataba, en suma, de la creación de un universo simbólico-litúrgico compartido y público que posibilitaba la apertura a incursiones sociales reguladas a partir de cuotas diferenciales de participación ritual, en donde el orden marcaba no sólo la sucesión de las acciones sino también las características y personas protagonistas de las intervenciones.

El hecho de que los benedictinos de Buenos Aires hayan sido los promotores de este movimiento religioso no es fortuito. La comunidad de Buenos Aires era fundación de Santo Domingo de Silos que pertenecía a la Congregación Benedictina de Solesmes. Esta congregación se originó en 1837 con motivo de un importante movimiento de restauración iniciado por Dom

---

<sup>17</sup> Revista Litúrgica Argentina, "Liturgia práctica: Jornada litúrgica para sacerdotes," XVI, no. 149 (1951): 125-127, p. 126. En dicho evento, las preguntas formuladas por los sacerdotes permitieron “ver las nociones, si no erróneas al menos fuera del sentido litúrgico, que se tiene de las misas ‘dialogadas’. Se notó al mismo tiempo el poco uso que se hace de dichas misas, y las pocas que realizan tienen el fin de hacer pasar entretenidamente el tiempo de la misa, en lugar de servir de unión entre los fieles y el sacerdote,” Revista Litúrgica Argentina, "Liturgia práctica: Jornada litúrgica para sacerdotes," p. 127. La realización de esta jornada sobre liturgia para sacerdotes que tuvo lugar a casi treinta años de la introducción de las misas secas o dialogadas por parte de los benedictinos, señala que estas últimas ya habían experimentado una considerable difusión y que, más importante aún, se habían producido diferencias entre los sentidos originales que le habían impreso los monjes y los que finalmente le concedieron en la práctica los sacerdotes seculares.

Prosper Guéranger en el monasterio de Solesmes (Francia).<sup>18</sup> En su fundación argentina, los monjes Benedictinos no estaban dispuestos a abandonar una de las más importantes dimensiones de la vida religiosa de Silos: la liturgia, o “*el lujo de Dios*,” como la citaba el silense Pérez de Urbel.<sup>19</sup> Tal como lo demostró más tarde el movimiento litúrgico liderado por los monjes porteños, “lo específico de nuestra vocación benedictina,” apuntado por uno de los sacerdotes de la comunidad, radicaba en el ejercicio, enseñanza, y difusión en la nueva tierra americana de los conocimientos litúrgicos adquiridos en Silos.<sup>20</sup> Estos religiosos, adiestrados por los “minuciosos y severos maestros de Silos,” habían llegado aquí con la intención de imitar la labor que aquellos habían cumplido en España, es decir, expandir la liturgia como quintaesencia espiritual de la catolicidad. Justamente, en un período histórico de la nación en la que ella misma se encontraba en pleno proceso de búsqueda, reconstrucción y resignificación de la suya.<sup>21</sup>

Entre el monje que “con una mano empuña el azadón” y aquel otro que lo hace con “la pluma o el libro,”<sup>22</sup> que componían la división de labores cotidianas en Silos, la comunidad porteña estaba predominante y claramente integrada por los últimos. Este conjunto de elementos, sumados al incipiente despertar de la liturgia y del gregoriano tenuemente esbozados en el medio capitalino,<sup>23</sup> explican las razones por las cuales el movimiento litúrgico se dio por la acción de los monjes de San Benito. Por otra parte, el destino había conducido a estos religiosos a instalarse justamente en el mismo Belgrano, donde por algunos años la parroquia del barrio había permanecido como escenario privilegiado de las interpretaciones gregorianas entonadas por las damas “distinguidas” del lugar.<sup>24</sup> En este sentido, el diario católico *El Pueblo* (en el cual colaboraba asiduamente uno de los monjes de la comunidad

---

<sup>18</sup> Juan de Hemptinne (OSB), *Noticias sobre la Orden de San Benito. Resumen de los Principios Constitutivos de la Vida y de la Historia Benedictina* (Puente Alto, Chile: Publicaciones Montserrat, 1944), p. 133.

<sup>19</sup> Justo Pérez de Urbel (OSB), *Las Grandes Abadías Benedictinas. Su Vida, su Arte y su Historia* (Madrid: Ediciones Ancla, 1928), p. 427.

<sup>20</sup> La Abadía de San Benito de Buenos Aires 1915-1965, p. 14.

<sup>21</sup> Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los Orígenes del Peronismo, 1930-1943* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1996); Loris Zanatta, *Perón y el Mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los Orígenes del Peronismo, 1943-1946* (Buenos Aires: Sudamericana, 1999); Di Stefano y Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina* .

<sup>22</sup> Pérez de Urbel (OSB), *Las Grandes Abadías Benedictinas* , p. 427.

<sup>23</sup> Véase Lida, "Hacia una Liturgia de Masas" .

<sup>24</sup> *Ibíd.*

bonaerense) impulsó también una acentuada campaña para reformar la liturgia y transformar al canto gregoriano en un mecanismo de participación ritual masivo y menos restringido a las mujeres selectas de la sociedad.<sup>25</sup> Así, “[e]l canto gregoriano, según lo concebía el periódico, era una liturgia sencilla en la que podían participar todos los fieles por igual, y no simplemente, como antaño, las señoras y señoritas más importantes de cada parroquia.”<sup>26</sup>

La introducción del gregoriano de la mano de los benedictinos, por último, tampoco perseguía el retorno a “un pasado glorioso” medieval según fue argumentado.<sup>27</sup> Por el contrario, si bien la recuperación gregorianista de Dom Prosper Guéranger había sido secundada por musicólogos benedictinos de la talla de Joseph Pothier y Andrés Mocquereau quienes rescataron los manuscritos de los cantos planos de la “edad de oro” (600-1100 d.C.),<sup>28</sup> el interés principal parece haber sido depositado fundamentalmente sobre la gravedad y el ordenamiento general del culto litúrgico. Más aún, la inclusión de componentes musicológicos o litúrgicos posteriores a dicho período fue aceptada tanto por los benedictinos como por el mismo papa Pío XII, tal como él mismo lo atestiguara en una homilía a los abades de la Orden reunidos en Roma para la celebración del XIV Centenario de la muerte de San Benito.<sup>29</sup>

---

<sup>25</sup> Pese a la importante expansión del movimiento litúrgico, a través de la creación de coros de gregoriano en diversas parroquias del entorno capitalino y de otras regiones de la nación, los inconvenientes no estuvieron ausentes. Un cronista que evalúa los problemas para la erección de un coro en una parroquia platense se pregunta y se responde al respecto. “¿Es comprensible que, mientras repetimos hasta la saciedad –como para convencernos– que el Canto Gregoriano es la expresión más perfecta, la oficial, de los sentimientos de la comunidad cristiana, y se tenga por él tan poco aprecio, en el terreno de la práctica, y se vaya postergando su implantación definitiva con el pretexto de que ‘para cantar mal el Gregoriano más vale no cantarlo’? ¿Esperamos acaso que el pueblo cristiano ‘cante bien’ de golpe? Pongamos manos a la obra con fe y optimismo, y, si hay una base de mediana técnica en el dirigente todo se irá haciendo,” *Revista Litúrgica Argentina*, “Movimiento Litúrgico: Argentina,” p. 154.

<sup>26</sup> Lida, “Hacia una Liturgia de Masas” , p. 3.

<sup>27</sup> Susana Bianchi, “La construcción de la Iglesia Católica argentina como actor político y social, 1930-1960” (ponencia presentada en *Coloquio Católicos en el siglo: Cultura y política*, 27 y 28 de mayo 2004), Universidad Nacional de Quilmes.

<sup>28</sup> Knowles, *Christian Monasticism* , p. 171.

<sup>29</sup> Para esa ocasión Pío XII dedicó su Encíclica *Fulgens Radiatur*, cf. Pío XII, “Fulgens Radiatur,” (Roma: Ciudad del Vaticano, 1947) a la figura del santo Benito de Nursia (480-547 d.C.), a quien colocó en un lugar magistral dentro de la historia de la Iglesia y de la evangelización de Europa. En su homilía a los abades deslizó una crítica a “quienes, ensalzando por demás las formas litúrgicas primitivas, fácilmente menosprecien los posteriores y tengan a menos las oraciones privadas y populares,” en Azcárate (OSB), “Un Aspecto de la Homilía Papal a los Abades Benedictinos,” p. 37. Por ello, según afirmaba un sacerdote de la comunidad, “[e]s un error creer y sostener que sólo lo antiguo es bueno y verdadero y que lo menos antiguo y hasta contemporáneo, si es litúrgico, es menos bueno y verdadero. La liturgia, como todas las cosas, tuvo sus principios y su desarrollo y está en constante evolución,” *ibíd.*, p. 39.

Asimismo, la liturgia traída por los benedictinos llevaba consigo no sólo una renovada forma de celebración del ritual romano, hasta entonces desconocida en el entorno porteño. Más aún, con su práctica litúrgica los monjes buscaban también la instauración de nuevas modalidades de vivir la experiencia religiosa individual y colectiva, la cual estaría caracterizada por la emergencia de una nueva mística. Uno de los monjes “había instruido [a los fieles] en los rudimentos del canto gregoriano de modo que todos participaban en los oficios con notable ajuste y dignidad. Eran éstas, horas de conversión total, de felicidad total, cuando las voces del canto llano y la salmodia se extendían por el ámbito de la iglesia como las tranquilas olas de un mar sin orillas.”<sup>30</sup> El movimiento litúrgico que había comenzado a gestarse en Buenos Aires tenía a estos religiosos como protagonistas y conductores de una nave que conducía a los fieles a la vivencia activa de una renovada experiencia de la fe. El arzobispado de Buenos Aires, por su parte, ya había dado importantes muestras de apoyo a la empresa apostólica de estos religiosos, quienes habían recurrido a diversas estrategias entre las cuales no era una menor la producción intelectual.<sup>31</sup>

#### 4. La palabra escrita

Como había sostenido uno de los sacerdotes de la comunidad, “*Verba volant, scripta manent*, las palabras se las lleva el viento, pero los escritos perduran.”<sup>32</sup> Por ello, recién llegados a la Capital Federal, los monjes lanzaron su primera publicación periódica de importancia sobre el tema: *PAX, Hoja Mensual Litúrgico-Benedictina*. Según afirmaba su director en la primera edición de 1921, esta revista “procurará descubrir a los fieles los ricos tesoros de piedad y de consuelo que encierra la Sagrada Escritura en sus cantos, oraciones, ritos, fiestas y ceremonias, cuyo significado simbólico les explicará con sencillez, con el fin de aficionarlos y hacerles tomar parte activa en las funciones religiosas

---

<sup>30</sup> Rivero de Olazábal, *Por una Cultura Católica*, p. 214.

<sup>31</sup> Así ocurrió, por ejemplo, con la *Revista Litúrgica Argentina* que, al poco tiempo de su lanzamiento en el campo católico, recibió –entre otras muchas– adhesiones de distintos representantes del clero como, por ejemplo, la de los arzobispos de La Plata, San Juan de Cuyo, Santa Fe, Córdoba, Salta, Paraná y Buenos Aires.

<sup>32</sup> Molinero (OSB), “Labor religiosa y cultural de los Benedictinos de Buenos Aires, 1916-1941,” p. 206.

que tan frías son hoy día por falta de sociabilidad en los asistentes.” Bajo la certeza de esta consigna *Pax* entró en el campo católico con el objetivo de divulgar y dar a conocer en términos accesibles la liturgia correspondiente al ritual romano. Esta publicación estuvo vigente hasta 1935, momento en el que fue reemplazada por la aún más reconocida *Revista Litúrgica Argentina* con ediciones regulares hasta 1973.

Durante las décadas de 1930 y 1940 la producción editorial sobre esta temática y otras relacionadas alcanzó un despliegue sin precedentes, logrando una amplia recepción por parte del público católico tal como parecen atestiguarlo las múltiples ediciones y reimpressiones de algunos de los títulos publicados (especialmente, los diversos misales en castellano para los fieles). A modo de ejemplo, puede mencionarse que los monjes fueron autores de más de 40 libros, entre los cuales se cuentan algunas pocas traducciones del inglés, francés y alemán. Otros veinte títulos fueron editados por la “Editorial San Benito,” los cuales versaron sobre temas hagiográficos, espirituales, y litúrgicos. Asimismo, distintos religiosos de la comunidad realizaban colaboraciones periódicas en diversas publicaciones del mundo católico, entre ellas, *Criterio*, *El Pueblo*, *El Apóstol del Santísimo*, *Noel* (revista quincenal de los padres asuncionistas), *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, *Anuario Católico Argentino*, *Psalite Revista Musical Sagrada*, colaboraciones en el diccionario Espasa y otras tantas en revistas de colegios católicos. Por otra parte, junto a las citadas *Pax* y *Revista Litúrgica Argentina* deben mencionarse *Liturgia y Pastoral* y *Mensajero de San Benito*, como otras de las publicaciones periódicas editadas por la comunidad bonaerense. La primera surgió como consecuencia de las reformas litúrgicas impulsadas por el Concilio Vaticano II (1962-1965) fue escrita en un lenguaje sencillo y accesible para sacerdotes y fieles con el objeto de explicar las nuevas orientaciones; la segunda, *Mensajero de San Benito*, constituyó una reseña periódica de distribución gratuita sobre actividades eclesiales, entre otras, dirigida a los asistentes a la parroquia de San Benito perteneciente al monasterio del mismo nombre.

Este enorme despliegue literario denotaba el clima de investigación intelectual de la comunidad bonaerense. “Sin temor de exagerar podemos decir que San Benito de Buenos Aires se llevó en esto la palma entre todos los

monasterios del Cono Sur.”<sup>33</sup> El apostolado litúrgico en Buenos Aires siguió dos estrategias diferenciadas pero intrínsecamente relacionadas.<sup>34</sup> Una de ellas implicaba el desarrollo de una labor “de investigación paciente y concienzuda,” de la cual la profusa producción intelectual es muestra; la otra estaba revestida de un “sentido práctico y eminentemente apostólico” y se podía vincular, en este sentido, con la prominente diversidad representada por los frentes de difusión y asociacionismo religioso (que por razones de espacio aquí no son abordados). Los monjes benedictinos fueron reconocidos especialistas en liturgia y este conocimiento fue altamente valorado por el catolicismo de la primera mitad del siglo XX. Esto sucedió tanto por las nuevas formas de sociabilidad religiosa que dicho saber involucraba para el creyente común –en términos de participación parroquial, por ejemplo–, como por las nuevas modalidades introducidas de experiencia religiosa individual y colectiva. Un elemento destacado que este renovado conocimiento incorporaba al ritual tradicional (y que había sido ampliamente utilizado por la tradición monástica en las abadías europeas) era sin duda el canto gregoriano, el cual posibilitaba desempeñar a los laicos una mayor intervención en las ceremonias religiosas (normalmente monopolizadas por el sacerdote). El movimiento litúrgico desplegado por los monjes benedictinos en Buenos Aires implicó, en suma, la importación e incorporación de un nuevo modelo de vivencia de la divinidad y de participación eclesial. Los benedictinos fueron revestidos, así, de un significativo capital simbólico fundado en sus conocimientos sobre el ritual litúrgico católico.

La inserción de estos religiosos en el movimiento ligado a la reforma litúrgica obedeció a una lógica dominada por la producción intelectual (respaldada en una pormenorizada investigación), la formación (mediante el empleo de pedagogías y publicaciones adecuadas), y difusión (a través de la búsqueda sistemática y creación de diversos escenarios de elocución apostólica) del conocimiento litúrgico comprendido como dimensión espiritual práctica intrínseca del catolicismo. Para la década de 1950, sin embargo, el furor litúrgico de los primeros años pareció haber apagado, aunque no

---

<sup>33</sup> Mauro (OSB) Matthei, "Implantación del Monacato Benedictino Cisterciense en el Cono Sur," *Cuadernos Monásticos* 52 (1980): 21-128, p. 49. La amplia mayoría de las publicaciones fueron realizadas durante las décadas de 1930 y 1940.

<sup>34</sup> Azcárate (OSB), "Un Aspecto de la Homilía Papal a los Abades Benedictinos," p. 39.

súbitamente, el fulgor de sus primeros resplandores. En una jornada litúrgica para sacerdotes llevada a cabo en Buenos Aires para inicios de aquél período, el cronista del encuentro afirmaba que “el ambiente general era de poco entusiasmo.” El objetivo del evento consistía en la búsqueda de estrategias concretas para revitalizar la acción litúrgica “hartamente decaída en general.” Asimismo, aún con nutridas conversaciones con el público asistente, “el resultado práctico que se esperaba y deseaba fue muy escaso [...] La única conclusión que se llegó a sacar, y esto no pasó de un buen deseo, fue organizar con más frecuencia reuniones litúrgicas.”<sup>35</sup>

## 5. Conclusiones

El profundo impacto que tuvo el pequeño grupo de benedictinos dentro del catolicismo durante la primera mitad del siglo XX se torna más significativo cuando se atiende a las dimensiones esqueléticas de su composición. La comunidad desplegó una socialización del conocimiento ritual de una manera que no había contado con antecedentes hasta entonces; dicho saber permanecía como tesoro críptico a ser descifrado por el sacerdote. En este sentido, estos religiosos dieron lugar a una exoterización del ritual litúrgico católico que pasó de ser patrimonio exclusivo de grupos selectos de la sociedad a desparramar su influencia sobre espacios más amplios del catolicismo. La liturgia comenzó así a ser más conocida por los fieles católicos. Se produjo una popularización del conocimiento directamente comprometido con el culto. Esta situación colocó a los monjes benedictinos en una etapa de importante exposición pública que concluiría décadas después con su traslado de la ciudad. Sus charlas, cursos, y conferencias no estaban dirigidas solamente a los laicos sino también a los sacerdotes, a quienes instruían sobre materias litúrgicas específicas para el cumplimiento de su profesión religiosa.

Tal como lo visualizó el benedictino Germán Prado, el movimiento litúrgico fue, en gran medida, un movimiento de re-cristianización.<sup>36</sup> La liturgia no se la entendía divorciada de la vida social de las personas que la

---

<sup>35</sup> Revista Litúrgica Argentina, "Liturgia práctica: Jornada litúrgica para sacerdotes," pp. 126-127.

<sup>36</sup> Prado (OSB), "La Vida Litúrgica en España."

practicaban. En particular, aquélla no era vista separada de la vida social parroquial, por lo cual el fomento inusitado de distintas asociaciones cerraba el círculo de acción litúrgica iniciada en el culto celebrado en los confines del templo. La liturgia se proyectaba así fuera de los muros de la parroquia para extender su influencia sobre la vida cotidiana. El traslado a un partido del interior de la provincia de Buenos Aires en 1971 significó el final del modelo de ministerio sacerdotal que popularizó a los benedictinos en la “inmensa urbe” para pasar a un modelo enteramente monástico, sin abandonar, no obstante, algunas de las tareas sacerdotales que otrora habían caracterizado a la comunidad aunque realizadas, ahora, bajo nuevas reglas y características.

El paradigma representado por el apostolado litúrgico que habían iniciado en Buenos Aires los monjes silenses a comienzos de la década de 1920 había alcanzado su fin. La emergencia de un nuevo proyecto de vida monástica llegó en un contexto de crisis comunitaria, y fue implementado en un entorno de profundos cambios acontecidos tanto en la sociedad argentina como en la Iglesia Católica como resultado de las reformas conciliares. El nuevo modelo implicó una estrategia de retracción social, renovación, y resignificación de la vida monacal. La liturgia, como movimiento religioso impulsado por los benedictinos en la Argentina, logró su broche de cierre en 1973 con la clausura definitiva de la publicación que había transformado y marcado a fuego la quintaesencia intelectual de ese apostolado: la *Revista Litúrgica Argentina*.